

casas de piedra é cubiertas de pajas, é otras algunas con açoteas, y es pueblo çercado de un muro de piedra seca é con buenas cavas. É quando supieron que yban estos españoles, aquella cibdad les hiço en un solo dia é una noche un pueblo, ó mejor diciendo barrio, dentro de la dicha çerca, é apartado de las casas de los veçinos: en el qual avia su plaça é casas, y en cada casa su caballeriça, y en aquella plaça puesto mucho mahiz é muchas aves é otros bastimentos, que bastáran para dar de comer un mes á mill hombres é más.

Allí los aposentaron con mucha fiesta é regocijo é cantando muchos areytos é contrapases en coros: é sin la provision ya dicha, cada dia daban á cada español una gallina (ó mejor diciendo) una pava de las de la tierra é mucho mahiz, é para la noche mucho pescado é muy bueno de diversos géneros. Y es cosa mucho de ver que cada dia ordinariamente salen de aquella cibdad mas de dos mill canoas á pescar á la mar por su costa, é vuelven cada noche. Dentro en la mar, tres tiros de ballesta ó un quarto de legua, está un isleo, hecho á mano, en que hay diez ó doce gradas en alto sobre la superficie del

agua, é sobre ellas una torre bien alta de piedra muy bien labrada, y estaba llena de ydolos, é allí honraban é çelebraban á su dios de la pesqueria; é por aquella torre tenian muchas cabeças de grandes pescados secas, colgadas. Mas cómo á los chripstianos no les plaçen aquellas ydolatrias, echaron todos aquellos ydolos á la mar, é pusieron una cruz ençima de la torre; é luego el caçique dixo que queria ser chripstiano, é fué baptizado, é pidió que le llamassen Alonso Dávila, como al teniente, y él fué su padrino. É assimesmo se baptizaron otros indios principales.

Fecha relacion al adelantado, que estaba en Chicalango, fué muy espantado y goçose en extremo, como era raçon, de saber de su teniente é de los demás, que con él avian aportado á Champoton, porque los tenían á todos por muertos. É luego se puso en camino é vino á verlos en canoas con toda su gente: en las quales vistas los unos é los otros tomaron tanto plaçer é alegría quanto se puede considerar mejor que escribirse, é comunicaron sus trabaxosos subçessos, dando por todo infinitas graçias á Dios.

## CAPITULO VI.

Cómo el adelantado don Francisco de Montejo fué á poblar al pueblo de Láçaro, que los indios llaman Campeche, é fundó una villa que se llamó Salamanca\*; é del mal subçesso de los españoles en esta jornada, é de muchos trançes que se siguieron en ella.

Despues quel adelantado é su teniente se juntaron, como la historia lo ha dicho, é repósaron algunos dias en Champoton, acordaron de yr á haçer su asiento en

otra parte, treçe leguas adelante en la mesma costa, en el pueblo de Láçaro, que en la lengua de los indios se llama Campeche. É allí hicieron su asiento: é no es

\* Aquí suprimió el autor lo siguiente: «E cómo desde allí envió á su teniente, Alonso Dávila, á Chitemal, por castigar aquel Gonçalo, marinero, renegado, que estaba hecho indio; é de las cosas que en este viage aconteçieron, é de la mucha miel que hallaron é muchos colmenares della de abejas

blancas é la çera negra é la miel muy buena, como la de Castilla; é fué fundada una poblacion de chripstianos, que se llamó Cibdad Real; é cómo los de la provincia de Cochua mataron çiertos españoles, quel capitan Alonso Dávila enviaba al adelantado; é cómo fué á castigar á los malhechores, etc.»

menor pueblo que Champoton, é tiene otro tal edefiçio en la mar, como el que se dixo de susso, é assi dedicado á la pesqueria. Allí fundó el adelantado una villa, é llamaçola Salamanca, é para tan poca ventura é permanençia como las otras Salamanças, que primero se fundaron, de que se ha hecho mençion en los capítulos precedentes. É fecho aquel pueblo, desde á dos ó tres meses vinieron allí algunos navios é gente assimesmo de mas españoles por tierra desde México, é llevaron caballos é otras cosas para la nueva república: é á cabo de este tiempo envió el adelantado á su teniente Alonso Dávila á la provincia é pueblos de Chitemal, donde estaba aquel mal chripstiano Gonçalo, marinero, hecho indio; é llevó consigo hasta sessenta é çinco hombres é quinze caballos. É poniendo en efetto su camino esta gente, passaron por una provincia que se diçe Tutuxio, que tiene de jurisdiccion treynta leguas muy pobladas: é mas adelante llegaron á otra provincia, que se llama Cochua, no menor que la primera, porque en las dos avia de longitud septenta leguas ó más. É desde allí fueron diez leguas adelante á la provincia de Guaymill, é aposentáronse en un pueblo desta provincia dicho Maçanaho, en que hay hasta tres mill casas ó quassi: é despues que allí ovieron descansado veynte dias, proçedieron su camino en demanda de Chitemal. Y los de Maçanaho é otro pueblo no menor quel, que se llama Yunpeten, quisieron los hombres principales dellos acompañar á los chripstianos hasta Chitemal.

Al cabo de la provincia de Guaymill, para entrar en la de Chitemal, hay una laguna de doce leguas de longitud, que atravesaron en canoas, que los indios les dieron, é passaron los caballos en la manera nuevamente usada, que la historia ha dicho: las quales dieron los indios de Bacalal, qués á la orilla de aquella laguna.

É aqueste pueblo provee de canoas á todos los indios de aquella comarca por sus fletes, de que viven; pero á los españoles sirviéronlos con el passage franco é de graçia. É assi entraron en Chitemal é halláronlo despoblado é sin hallar qué comer: el qual es pueblo de dos mill casas, á dos leguas de la costa de la mar é quassi çercado de agua, porque la costa está de la una parte é la laguna de la otra, é tiene una entrada por tierra de dos tiros de ballesta.

Allí hallaron mucha é muy buena miel é colmenares grandes de á mill é dos mill colmenas en troncos de árboles, bien fechos, con sus çebaderos y entradas; y es grande esta grangeria é contractaçion allí de la miel, é no es menos buena que la de Castilla en color é sabor; pero la çera es negra, como açabache. Y es cosa para notar la forma destas colmenas, porque cada una es tan luenga como el braço tendido de un hombre, ó tan gruessa ó mas que por la çintura, y está en tierra tendida é tiene los extremos atapados con una piedra de cada parte, é muy bien embarrada. Por encima é orillas de aquellas piedras entran é salen las abejas por un agujero, que está en la mitad del vaso de la colmena, en la mas alta parte della; é háçia la una piedra, desde la mitad ó desde el dicho agujero, haçen su labor é panales é sus çeldas é vasillos muy bien ordenados: é de aquellos sale é se destila la miel é va á la otra mitad del vaso é cae en unas bolsas de çera, é aquellas se hinchen della, é la otra cantidad mayor de la çera toda queda á la otra parte de la colmena. É quando quieren sacar la miel é castrar las colmenas ó qualquier dellas, desatapan el vaso por aquella parte derecha háçia donde están las bolsas, y en punçándolas, haciéndoles un agujero tan gruesso ó delgado, como quisieren que salga el chorro de la miel, assi ella por allí haçe su curso, é viene mucho linda é

sabrosa é limpia sin cera alguna, tan purificada, como si la oviessen colado por un muy limpio cedazo. Es cosa mucho para ver é contemplar, é hay grandissima cantidad é tracto en aquella tierra de aquella miel, y espeçialmente allí.

Las abejas son en la forma é tamaño como las de Castilla, exçepto que en la color estotras son blancas é muy domésticas, porque ni huyen ni hacen mal; é tomando una é mastrujándola entre los dedos, huele muy bien. El vaso de la colmena, como he dicho, es un troço ó pedaço de un árbol vaquado de dentro, é dexándole entero como una caja de un atambor, é tan delgado, después de labrado, como el dedo menor de la mano, ó como le quieren dexar, é por encima sin corteça é muy bien labrado, entalladas labores é follages de relieve; é cada vaso é colmena tiene esculpida la señal é marca del señor, cuyo es el colmenar.

Hay allí muy grandes é gentiles heredamientos de mameyes é de cacao, que una fructa como almendras, é que corre por moneda, como mas largamente lo podrá ver el lector en el libro VIII, capítulo XXX, é las casas muy proveydas de mucha cantidad destas é otras fructas de bastimentos de la tierra.

Mandó el capitan, dando principio al castigo de aquel infiel marinero, é á la rebelion é alçamiento de los indios, quel español que algund heredamiento destes ó colmenar hallasse, que fuesse suyo é lo señalasse para sí con una cruz.

Allí se fundó un pueblo é llamóse Cibdad Real, porque este capitan Alonso Dávila fué natural de Cibdad Real en España.

Hay desde Chitemal á Campeche, donde quedaba el adelantado Montejo, cient leguas de tierra, atravessando de costa á costa toda la provincia de Yucatan; y estando en aquel asiento, acordó el capitan Alonso Dávila de yr la costa arriba, por-

que tuvo informaçion que tres leguas de allí estaba alçado el señor de Chitemal con toda su gente. Y embarcóse con veynete y quatro hombres bien aderesçados é diestros é seys caballos (á la usança suya de las canoas duplicadas); é otro dia al quarto del alba, quando esclareçia, dieron sobre los indios, sin ser sentidos, é mataron muchos dellos, é prendieron más de sessenta personas, é perdieron un caballo, que les mataron de una lançada. Preguntando á los pressos por aquel bellaco mal chripstiano Gonçalo, marinero, dixeron que era muerto, é assi era verdad.

Halláronse allí en este salteamiento hasta mill pessos de oro labrado, en diversas pieças é joyas que aquella gente usan; é aqueste fué el primero oro que hasta estonçes estos chripstianos en toda la tierra avian tomado; é tambien se ovieron algunas plasmás de esmeraldas é turquesas é máscaras labradas de oro, é de tales piedras. É con esta pressa se tornaron á Chitemal, desde la qual el teniente Alonso Dávila envió aquel oro al gobernador Montejo con tres de á caballo é otros tres hombres á pié ballesteros: y en la provincia de Cochua, estando estos mensageros seguros é çenando una noche, les mataron los indios á todos seys é á los caballos, é les tomaron el oro é lo que llevaban; é assi estuvo el teniente é los que los enviaban esperando la respuesta más de un año, sin saber el mal subçesso é muertes de los mensageros é del presenté. Pues cómo se les acabó el mahiz é otros bastimentos, y eran tan pocos los chripstianos, perdiéronles el temor los indios, é començaron á darles guerra, de tal manera, que constreñidos, començaron dentro del pueblo, por su extremada neçessidad, á hacer sementeras con sus manos é sudores, con ayuda de algunos pocos indios, que en sus casas mansos é domésticos los servian. Fué tal

la continuacion de la guerra, que vinieron á se resumir estos pobladores de la compañía del teniente Alonso Dávila en quarenta hombres, é los diez dellos coxos é mancos é inútiles, y en quatro caballos é una yegua.

Llegados á esta neçessidad, é desseando Alonso Dávila saber de sus mensageros, fué con veynete y quatro compañeros é tres caballos, é tornó á passar aquella laguna, que avemos dicho, é dexó los españoles otros en Chitemal. Entrando por Guaymill, fué rescibido de paz, é allí supo que sus mensageros avian seydo muertos por los indios de Cochua: é assimesmo le informaron que á Montejo le avian dado guerra, é que le avian muerto parte de los chripstianos, é quel se avia ydo á México, é que toda la tierra estaba alçada; é assi era la verdad. É non obstante estas malas nuevas, se determinó el capitan Alonso Dávila de yr á castigar los indios de Cochua, é pidió para ello el favor é ayuda de los indios de Guaymill, y ellos le respondieron que de muy buena voluntad se la darian: é assi fueron con los españoles hasta seysçientos amigos, é no quiso mas llevar, por la grand calor é aver poca agua en el camino.

Llegados á un quarto de legua del primero pueblo de Cochua, estaban detrás de una albarrada muchos indios de guerra en çelada, apartados del camino un tiro de flecha, tendidos en tierra: é cómo passaron los chripstianos adelante é los tuvieron en medio, huyeron los indios amigos, é dexaron las cargas é la compañía, é volvieron las espaldas. É se començó la batalla, en que avia de los enemigos innumerable gente: é cómo estaban entre arboledas, no se podian servir de los caballos; y los españoles yban cansados é muertos de sed, demás de ser pocos en número, é avian hallado çegados los poços, de que avian de beber, que los desanimó mucho. Pero como la neçessi-

dad suele muchas vezes despertar los flacos é avivar los ánimos en los mayores peligros, assi estos nuestros españoles conocieron que otro socorro no les quedaba ni le atendian sino el celestial y el de sus propias virtudes é manos; mostróse lo uno é lo otro en esta jornada; porque el capitan Alonso Dávila, viéndose en esta clausura y estrecho, arremetió á pié é la albarrada, é con él don Alonso de Luxan, é con puñales largos de medias espadas (seyendo muy contrastados) á los enemigos cortaron un palo del palenque y las ataduras de los hexucos con que estaba trabado, é peleando como valerosos milites, passaron adelante. É por allí siguieron los de la compañía muy denodadamente, é les ganaron el albarrada, non obstante que les hirieron tres españoles, que después murieron, é matáronles un caballo, é otros tres hombres se ahogaron de sed; y quedó la vitoria por los chripstianos cansados, é huyeron sus enemigos, sin poder ser seguidos. Turó esta batalla un quarto de hora, é los vencedores, aviendo muerto assaz de los contrarios, passaron adelante á un lugar que hallaron quemado, é un poço que allí avia halláronle çegado: é cómo no se pudo hacer otra cosa ni avia dia para mas campar, pararon allí é pusieron el mejor recabdo que pudieron en velarse: é los que no velaban, daban orden en limpiar el poço, que tenia siete ú ocho estados de hondo, é para le limpiar (que aunque del todo no estaba çiego, estábalo el agua) metieron dos muchachos indios con los cabestrós de los caballos, é con los çarguelles, añadiendo como mejor podian, hicieron sogas con que los baxaron, é con calabças é arañando sacaron parte de çieno, é después alguna agua tan buena, que no bebieron menos tierra é lodo que agua. É assi passaron aquella noche hasta el siguiente dia, que encomendándose á Dios, proçediendo en su camino,

siguieron por donde les pareció, porque para volver atrás no era ya tiempo, é los amigos de Guaymill, viendo sus pocas fuerças é poco número destes españoles, se avian convertido en enemigos, é les tenían aparejada otra albarrada é celada, é no estaban de propósito de los acoger.

## CAPITULO VII.

En que se tracta cómo el teniente Alonso Dávila é sus compañeros ovieron otro recuento é batalla con los indios del pueblo de Cochua, que avian muerto los chripstianos que llevaban el presente del oro al adelantado; é cómo los españoles fueron maltractados en este fecho de armas\*, é otras particularidades notables que passaron estos militantes é trabaxados varones, hasta que tomaron el pueblo de Chitemal.

La persona y esfuerço y vigilancia y buen atendimiento y gentil conversacion, quel teniente Alonso Dávila tuvo, acompañada de una natural virtud, sin repe- lo ni altivez, é con una liberalidad muy çierta de quanto él tenia para lo comunicar é dar á sus amigos é á quantos con él andaban é le tractaban, fueron causas é partes para ser, como fué, muy bien quis- to, é aun para que si él tuviera ventura de ser conocido de un príncipe poderoso, no pudiera dexar de hacerle grand se- ñor. Viéndose este capitán en la fatiga é trabaxos quel precedente capítulo nos ma- nifiesta, é temiendo muy espeçial cuydado de la salud é salvacion de sus compañe- ros, como de su mesma é propria vida (pe- ro siguiendo su viage), el segundo dia que escaparon de la batalla que se dixo de susso, é dos leguas adelante, hallaron otra albarrada con muchos indios de guer- ra puestos en armas, los quales eran de aquel pueblo, donde avian muerto los seys chripstianos, é tomádoles el oro, como es dicho. É como sabian que los españoles yban contra ellos, estaban aperçebidos é barre- ados con dos muros de madera é ar- boledas é muy fortificados: non obstante lo qual se tentó la batalla por todas estas causas, puesto que con mucha desaven-

\* Aquí se lee en el códice original, aunque bor- rado de manos del autor, á lo que parece: «É de los muchos trabaxos, que en suma passaron é cómo

taja: lo uno, porque de necesidad los nuestros avian de ser acometidos, si ellos no acometieran; lo segundo, porque no tenían ni podían seguir otro camino sino aquel que los enemigos les tenían ocupa- do; é lo tercero, porque de necesidad avian de buscar de comer, é no lo tenían, ni allí se lo avian de dar.

En fin, venidos á las manos, la bata- lla fué con muerte de muchos indios é con daño de los chripstianos: en lo qual heri- dos los mas ó quassi todos, se retiraron á fuera, quando vieron tiempo para ello, é fueron á hacer noche á un pueblo pe- queño de diez casas, que estaba al tra- vés del camino, donde los guió un in- dio, que solo les avia quedado de los de Guaymill, que les dió la vida; porque todos estaban heridos, é los caballos ássi- mismo é muy cansados, excepto el capi- tán Alonso Dávila, que no fué herido, por- que le quiso Dios guardar para que curas- se é sirviese á todos, como lo hacía y muy bien, puesto que era el primero en los peligros y el que mas trabaxaba con el es- píritu é con su persona. Antes del dia dos horas, començaron á caminar desde aquel pueblo, porque les pareció, y aun assi fuera, que si allí esperáran el sol, ningun- no quedára con la vida; porque despues,

todos creyeron que por la misericordia de Dios fue enviado en su ayuda el apóstol Santiago, por cuyo aviso escaparon.»

en esclareciendo, llegó allí mucha gente de guerra de aquellos con quien avian peleado, é de otros que de refresco con ellos se avian juntado, que yban sobre ellos é pensaban hallarlos allí durmiendo.

Siguiendo su honesta fuga, dixo Alon- so Dávila á aquel indio que les avia que- dado de Guaymill, qué le haria grand se- ñor en aquella tierra, si le guiaba á él é á los otros chripstianos al embarcadero de Chitemal, donde avian quedado sus ca- noas, y los llevase por otro camino; y el indio le dixo que assi lo haria. É aquel dia, aviendo andado tres leguas, los apar- tó del camino de Guaymill é los llevó por otro, aunque asperíssimo; é á medio dia llegaron á un pueblo, que no hicieron sino reposar en él media hora, é comieron al- gunas maçorcas de mahiz verde, é passa- ron una laguna de dos tiros de ballesta á vado, y en partes á vuelapié, con harto peligro: que no pareçia sino que como salsa, para comportar el manjar de las fa- tigas passadas, se les ofresçian otras mas ágrias, para que las primeras tuviessen por livianas, fatigas, seyendo cada una de- llas quassi incomportables y extremadas.

Passados de la otra parte desta agua, avia un plaçel de otra tanta distancia, que ahondaban por él los caballos quassi has- ta las çinchas: é salidos de allí entraron por un arcabuco ó bosque de arboledas é matas muy çerrado, y el capitán Alon- so Dávila yba en la delantera con un ma- chete ó puñal vizcayno, haciendo el cami- no para todos: que no avia otro hombre sano. La retroguardia llevaba don Alon- so de Luxan, y en los caballos no yban sino aquellos que mas faltos de salud ó mas heridos estaban. Entrada la delante- ra desta gente nuestra por el arcabuco, ya muchos de los enemigos començaban á passar fuera de la laguna tras los chrip- stianos con grande grita: é dieron al arma, é detúvose el capitán que llevaba la de- lantera, como es dicho, é volvieron con- TOMO III.

tra los enemigos solos quatro ó cinco es- pañoles á detenerles el passo, los quales, como es dicho, salian ya algunos de la la- guna, gritando, al plaçel que dicho. Es- tonçes don Alonso de Luxan, que yba en la reçaça, hiço apear de su caballo á uno de los heridos que en él yba, é cabalgó é dió la vuelta sobre los contrarios por aquel plaçel, ó mejor diçiendo pantano ó ato- lladero, que primero avian passado ça- hondando: é como començó á batir las piernas con las espuelas, pareció que yba corriendo, como si fuera por muy tiesto é buen terreno, é haciendo rostro á los ene- migos no osaron atender, é se tornaron al agua é á volver por donde venian, lo qual notoriamente pareció cosa miraglo- sa. É ya en esso se ponía el sol, quando tornaron los nuestros á entrar por el ar- cabuco; é visto que no pareçian indios, caminaron adelante. Y el camino estaba tal de algun huracan, é tantos é tan gran- des árboles caydos é arrincados é atrave- sados é mezclados unos con otros, que para andar un poco de distancia es tan grandíssimo trabaxo y estorbo, como de vuestro espacio, señor lector, lo podreys entender en el libro VI, capítulo III, por- que aqui no se interrompa la historia, dando á entender qué cosa son los huracanes. Assi que, volviendo á la jornada, á media noche llegaron á un pueblo de diez casas, donde les fué harto consuelo hallar un poco de mahiz, segund yban necesitados, cansados é muertos de hambre é sed; é allí se apossentaron, pa- ra reposar hasta quel dia viniessen. É lue- go otro dia, prosiguiendo en su camino tres jornadas, no les faltaba miel, por la abundancia que della hay en aquellas par- tes, de la qual se servian para su susten- tacion á vueltas de otros manjares é amar- gos sinsabores, é tambien para curar sus llagas: que tampoco les faltaban.

Estando una noche Alonso Dávila pre- guntando á aquel indio ó lengua que que